

Con luz propia¹

val flores

La escritura de esta presentación estuvo atravesada por una profunda desazón y una ardiente rabia. Comencé este escrito con viejos apuntes de textos que había elaborado sobre masculinidades lésbicas, lo que me rememoró la escasez de referencias sobre el tema; consulté a colegas académicxs sobre trabajos locales en relación a masculinidades lésbicas sin que pudieran mencionar más que dos o tres nombres; espí emocionada el poderoso libro de memorias de Esther Newton² –una antropóloga pionera en pensar el género como performativo- que recorre su carrera como una niña y académica butch; y como corolario, se anunció el fallo contra Marian Gómez y su beso, en el que no solo se trataba de penalizar ese gesto sexualizado sino de la corporalidad que lo efectuaba (porque aunque Marian se autoperciba como mujer, el sistema judicial y represivo vio en su masculinidad lésbica una amenaza); borrar esta diferencia es negar la distribución diferencial de la (in)visibilidad y vulnerabilidad, e ignorar cómo el poder institucional se ensaña sobre cierto espectro de eróticas de género que asumen las identidades lésbicas, entre otras identidades no heteronormativas.

Una caldera anímica arrastró cada palabra de esta escritura con la pesadumbre de este silencio epistémico sobre las masculinidades lésbicas en los estudios feministas y en los estudios de masculinidades, con la desolación de enmarcar este silencio histórico en un presente de un feminismo heterocentrado mujerista y blanco, casi anti-masculinidad, pero también con la promesa de estimular preguntas que activen la responsabilidad política y el compromiso intelectual de abrir estos silencios en el campo de las masculinidades, comprendiendo que lo que está en juego son nuestras existencias y la posibilidad de nuestra sobrevivencia.

Producir teóricamente no es un juego administrativo burocrático para la legalidad académica, es articular un saber sobre nuestras vidas, sobre nuestro cuerpo como ficción política viva, y en este caso, intenta avivar “la carne de la fantasía”, como dice Cherrie Moraga (citada en Cvetkovich, 2018), una posibilidad imaginativa en la reconfiguración de las relaciones entre cuerpo, sentimiento, género y nación.

¹ Texto presentado en la Mesa redonda: Masculinidades: (re) definiciones y apuestas entre la academia y el activismo. XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y el IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. Universidad Nacional de Mar del Plata, del 29 de Julio al 01 de Agosto de 2019.

² Esther Newton (2018) *My butch career: a memoir*. Durham: Duke University Press.

Me interesa plantear tres incisiones para repensar el campo de las masculinidades desde las masculinidades lésbicas: primero, siendo que la masculinidad lésbica no es subsidiaria de las poéticas de la masculinidad hegemónica, preguntarnos a quién beneficia este silencio epistémico en relación a la producción teórica; segundo, articular la masculinidad lésbica como un anacronismo, pensándola como una falla temporal en el ordenamiento normativo del tiempo y en las retóricas identitarias LGTTTB de progreso y evolución, como una materialidad extemporánea que hace fracasar las expectativas de normalización sexo-genérica; y por último, esbozar algunas preguntas acerca de cómo las masculinidades lésbicas reinventan las culturas eróticas a partir de un lenguaje para la intimidad sexual que trastoca los códigos de la masculinidad y cómo esa alfabetización emocional y sexual interpela las coreografías culturales de la intimidad.

No propongo la autonomización de la masculinidad lésbica, ya sabemos que el género es relacional y nos hacemos con y entre otros cuerpos, pero sí abrir la posibilidad de pensar las torsiones, rupturas y desplazamientos en las masculinidades que performamos las lesbianas y que le otorgan *luz propia* a estas producciones de género y creaciones eróticas disidentes.

Abrir un silencio epistémico

Me interesa retorcer la pregunta que convocaba a esta mesa, la cual era: ¿de qué manera creen que las actuales luchas feministas, particularmente en Latinoamérica, han afectado a los patrones masculinos hegemónicos? y curvar entonces su sentido: ¿de qué manera las masculinidades lésbicas encuentran un lugar en las actuales luchas feministas, afectando los patrones hegemónicos con que hemos sido consideradas, como “alienadas” o “cómplices” del patriarcado por habitar la masculinidad?

Sarah Ahmed afirma que lo que se destierra a los márgenes está con frecuencia justo en el centro del pensamiento mismo (2015: 25), lo que amerita en este caso una pregunta dolorosa ¿cómo se explica este silencio epistémico después de un vivo debate que ha habido en los últimos años en el mundo académico sobre la performatividad, el constructivismo y las formas no naturales de corporeidad? ¿cómo comprender este rechazo de las masculinidades lésbicas y las transmascullinidades en el deslizamiento

constante que hacen los estudios de masculinidades al centrarse en varones cis heterosexuales y, con suerte, en los gays masculinos? ¿qué certeza epistemológica y disposición afectiva hacia el conocimiento es preciso desmoronar para dar lugar a posibilidades de ordenamiento alternativas del género?

Tal como dice Gayle Rubin (2018), las complejidades del género lésbico son tratadas de forma infrecuente e inadecuada. Incluso aún es complejo articular un pensamiento interseccional sobre las masculinidades que tenga en cuenta los procesos de racialización, las diferencias de clase, el contexto urbano-rural, el capacitismo, que dislocan los entramados identitarios y hacen colapsar las narrativas blancas y occidentales de coherencia y progreso.

Pensar la masculinidad sólo como una propiedad del cuerpo de los varones cis implica la cesión de un territorio político/afectivo/epistemológico al heteropatriarcado. “La eliminación de las masculinidades femeninas permite que la masculinidad de los hombres permanezca intacta” (Halberstam, 2008: 64). Es preciso explorar la resistencia social misógina a reconocer el género masculino como performance frente a la relativa facilidad con la que se acepta el género femenino como tal (Halberstam, 2008).

La masculinidad lésbica es un término que abarca un amplio rango de carga de “masculinidad” dentro de las culturas lésbicas. Denostadas en los imaginarios sociales e inasumibles para el feminismo heterocentrado pero también para las lesbianas políticas entalladas en las políticas asimilacionistas de la conyugalidad, la domesticidad y el consumo, no obstante, teóricas y activistas como Gayle Rubin, Jack Halberstam, Fabi Tron y Andrea Lacombe hicieron inteligibles una variedad de prácticas e identidades de subculturas sexuales lésbicas estigmatizadas y consideradas incomprensibles e incoherentes al no seguir la obligada transitividad de género, sexo y sexualidad, llevando la gramática de las masculinidades a una intensa tumultuosidad y discordancia de sus límites.

La masculinidad encarnada en un cuerpo lésbico es mucho más difícil que sea bien vista y resulta más amenazadora por varios motivos: porque exhibe ese deseo que debería permanecer silenciado y en el orden de la invisibilidad; porque se “apropia” de conductas y modos de actuar que no serían “propios de su sexo”, lo que se percibe como una suerte de usurpación de la masculinidad “verdadera”; porque somos consideradas como una “falsa copia” de la auténtica masculinidad de los hombres; porque son

códigos que tienen que ver con las formas del género dominante y afirman una aspiración de poder, abriéndolos a otros usos por quienes los (re)construimos y distorsionamos; porque pasamos a ocupar un lugar de disputa en el campo del deseo o iniciativa sexual; porque la ambigüedad frecuentemente genera miedo y pánico sexual. Sometida a estándares constreñidos de virtud política en el feminismo, la masculinidad lésbica es una estética erótica y sensual que genera otros modelos de masculinidad no binaria (y no exclusiva de los hombres). Así, los estilos de masculinidad, los modos preferidos de expresión sexual y la elección de compañerxs sexuales, son muy diferentes y variados.

Actualmente, las fronteras entre las categorías de lesbiana masculina y transmasculinidad son permeables, complejas y muchas veces, visual y narrativamente difusas, así como también es necesario descartar una linealidad o continuum en términos de punto de partida y llegada entre la masculinidad lésbica y la transmasculinidad.

La ausencia y escasez de estudios sobre masculinidades lésbicas nos habla de una epistemología de la ignorancia que sepulta en la ignominia los procesos de estigmatización, criminalización y normalización que afrontamos las lesbianas masculinas, en especial en un escenario neoliberal con un fuerte avance de las políticas represivas y conservadoras.

La masculinidad lésbica como un anacronismo (o cómo sobrevivir siendo un fósil identitario)

Toda identidad es un tropo temporal, una narrativa de muchos tiempos superpuestos, una yuxtaposición de escombros, ruinas, pérdidas, novedades, inventos, hallazgos. Entre, por un lado, la euforia posmoderna que caracteriza a una lectura liberal de la teoría queer que enfatiza la posibilidad voluntarista y autocreativa del género/sexo, su infinita manipulabilidad y también su ilimitada disponibilidad hecha a medida de las necesidades y gustos de cada cuerpo, y por otro, los efectos de las luchas sexo-políticas que han instalado culturalmente la habitabilidad de las categorías identitarias antes proscriptas, la lesbiana masculina aparece como un anacronismo, es decir, como “aquellas prácticas e identidades sexuales que aparecen como huellas de otro momento

histórico” (Solana, 2015:181, citada en Dahbar, 2018: 167). La figuración del anacronismo me interesa retomarla en el sentido que Victoria Dabhar (2018) interroga los marcos temporales en relación a las posibilidades corporales. Una consideración del tiempo en tanto marco “para poder leer en esas versiones minoritarias de la norma, en aquello que falla, que interrumpe, que vuelve queer a un marco temporal cristalizado, otro modo de inteligibilidad –y con ello de afectabilidad– del tiempo” (2018: 158). Así, la lesbiana masculina sería una anomalía temporal que profana el relato optimista, positivo y luminoso del individualismo liberal de las políticas LGTTTB.

En un escenario de proliferación incesante de identidades, la figura de la lesbiana masculina o chonga, se aproxima a un arrebato temporal habitado por fantasmas, espectros y fuerzas que provienen del pasado. Como una corporalidad extemporánea que habita una temporalidad conflictiva, no solo da cuenta “del carácter poroso del presente sino también de la posibilidad de que no todos ocupemos el mismo ahora” (Solana, 2015:179, citada en Dahbar, 2018: 167). Un cuerpo anacrónico que resiste a sentencias de muerte como “lesbiana ya no se usa más”, o a una insistencia compulsiva para rematar algo que habría quedado inconcluso como “¿cuándo te harás trans?”³. Tal como señala Heather Love, la lesbiana masculina “actúa como un arrastre [*drag*] en el presente” (en Solana, 2015:191, citada en Dahbar, 2018: 168) puesto que convoca y actualiza pasados que habían sido descartados o rechazados, como “una figura del retorno de lo excluido, una aguafiestas que viene a arruinar los nuevos tiempos de la felicidad normativa” (Solana, 2015:191, citada en Dahbar, 2018: 168).

Me interesa recuperar la noción de temporalidad queer que hace referencia a prácticas, experiencias y sensaciones corporales que entran en tensión con formas normativas de sentir, valorar, ordenar o experimentar el tiempo (Solana, 2017, citada en Dahbar, 2018), vinculada a la secuencia idealizada del matrimonio y la reproducción heterosexual y también a las narrativas LGTTTBI de progreso y evolución que se activan desde el individualismo liberal. De este modo, la temporalidad queer sospecha de los relatos históricos y sus visibilidades lineales que han borrado sistemáticamente cuerpos y experiencias, nombres y posibilidades. Como una temporalidad dañada que

³ Recupero aquí una de las preguntas que provocó esta intervención durante el transcurso del debate, en relación a que este planteo fue interpretado rápidamente como una crítica a la comunidad trans. A contrapelo de una escucha codificada por la vigilancia identitaria que atraviesa el activismo sexo-genérico, la crítica que realizo se dirige a las narrativas evolucionistas y progresistas de la identidad que, bajo preceptos ontológicos liberales, organizan teleológicamente su relato.

interfiere en este esencialismo temporal que construye un modo natural de ordenar y valorar el tiempo de la vida con validez universal, la lesbiana masculina –entre otras figuraciones- hace colapsar estas narrativas triunfalistas porque allí, en nuestros cuerpos, persiste la reverberancia de nuestros traumas, la melancolía de nuestros cuerpos ausentes, las conversaciones con las ausencias, las cicatrices del pasado, que ninguna ley puede extirpar. La lesbiana chonga aparece hoy como un retraso o detenimiento entre una proliferación incesante de géneros no binarios, casi una rancia antigüedad que produce un manto de sospecha sobre su legitimidad presente, ante una ficción evolucionista de las identidades a partir de la cual algunas se erigen como formas avanzadas y audaces de hacer estallar los binarismos, quedando otras identidades como formas previas, rudimentarias, resabios fósiles de un pasado ausente.

Pensar en la lesbiana masculina es retomar la invitación de Halberstam (2018) a “liberar nuevas formas de memoria relacionadas más con lo espectral que con las pruebas fehacientes, más con genealogías perdidas que con herencias, más con el borrado que con la inscripción” (pp. 26), como una forma de resistir a las lógicas grandilocuentes, heroicas, hiperlumínicas y espectacularizantes que gobiernan los modos de hacer del activismo sexo-genérico y que construyen sus propias descartabilidades identitarias. A la vez, plantea un campo abierto de reflexiones teóricas acerca de la dimensión temporal de la inteligibilidad de los géneros, las posibilidades corporales y la trayectoria de nuestros afectos.

Un lenguaje para la intimidad sexual: la reinención de las culturas eróticas

¿Cómo participamos las lesbianas masculinas de políticas sexuales prosexo, del agenciamiento del placer como poder sexual, de prácticas sexuales no convencionales y de las representaciones sexuales explícitas? Las lesbianas masculinas hemos construido culturas eróticas donde se trafican, desplazan y desordenan variados y múltiples signos de la masculinidad en relación a la experiencia sexual, sin embargo, esa riqueza experimentativa no ha encontrado un lenguaje público para disputar las representaciones estereotipadas de la masculinidad, la ausencia de imágenes de sexo explícito –como en el porno- y una política de los afectos que piense la intimidad sexual como una economía compleja de expresión corporal y de sociabilidad.

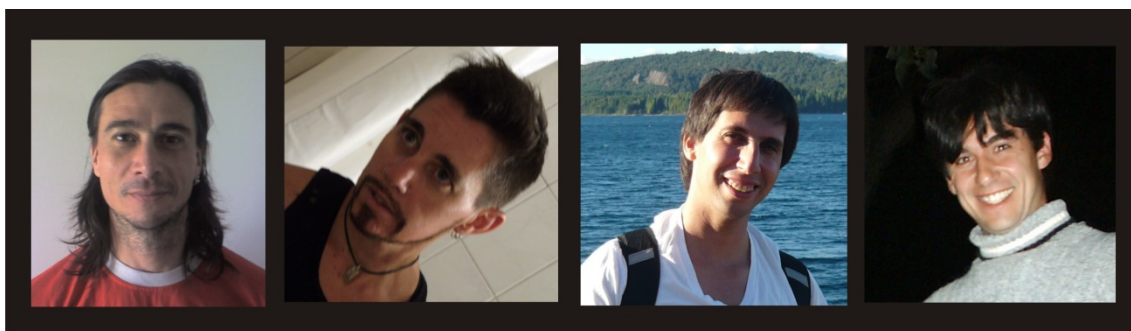
En línea con Halberstam decía Sara Ahmed que “las emociones nos dicen mucho sobre el tiempo, las emociones son la carne misma del tiempo” (2015:304), quizás porque es el terreno donde se cristalizan de un modo mucho más impermeable las ideas que moldean las posibilidades de nuestros cuerpos. Para el imaginario sexual de nuestra cultura occidental hablar de masculinidad es una referencia contigua y obligada de penetración, por eso “nos meten de prepo en la cama, de manera unívoca, como penetradoras inalterables. Pobre imaginación sexual la de nuestra cultura. Chongas las hay de todas las formas de coger, de prácticas más fluidas, más rígidas, más salvajes, más vainillas, más hardcore, más sluts. No todo se anuda tan fácilmente, por suerte” (flores, 2013).

Justamente, la masculinidad lésbica altera la continuidad normativa entre performance de género, conducta sexual, disposición emocional. Acusadas de ser insensibles, duras, intocables, serias, activas todo el tiempo, de impenetrabilidad, de controladoras, de un deseo irrefrenable, no obstante estos estereotipos que en parte performamos pero que portan la carga de una expectativa fallida –de ahí la acusación-, nuestros lenguajes de la intimidad son más complejos, variados y complicados, incluso contradictorios y ambiguos. Porque la expresión afectiva y la accesibilidad al sexo esta codificada por la clase, la raza, la migración, la edad, el capacitismo, y en general son las normas de clase media blanca las que suelen dictar lo que es apropiado y lo que no.

La intimidad sexual puede resultar una “esfera semipública” que compense las violencias de la vida pública “proporcionando un espacio para la expresión emocional que no está disponible en otro lugar” (Cvetkovich, 2018). De esta manera, la intimidad puede ofrecer a las lesbianas masculinas un espacio para la experimentación de la vulnerabilidad como algo deseado, donde no es un signo de falta de poder, sino un privilegio a menudo inaccesible; donde la pérdida de control significa seguridad, no debilidad; para explorar una amplia gama de significados del tacto, cuando muchas veces la intocabilidad representa una respuesta fundamental al acoso y el odio institucionalizado, y está relacionada con historias traumáticas de racismo y colonización; donde expresar el sufrimiento porque se siente demasiado; donde tramitar la experiencia afectiva de la violencia mediante experiencias de placer desgenitalizadas; donde conjurar el ser deseada descolocando los circuitos de la indeseabilidad pública a los que somos expulsadas; entre muchas otras posibilidades.

Preguntarse por la relación de las lesbianas masculinas y la eroticidad (Canseco, 2017), como marco que nombra el funcionamiento de las normas que dispone socialmente que ciertos cuerpos sean deseables sexualmente, como posibles incitadores de una pasión sexual, al tiempo que otras corporalidades son arrojadas al estigma de la indeseabilidad, es trazar la pregunta política y ética por las masculinidades que (no) son viables, por las existencias que (no) son vivibles, por los cuerpos que (no) son deseables y erotizables.

¿Cómo sopesar una imagen *con luz propia*?



No se trata de pelear en el campo de las masculinidades por clasificaciones immaculadas y límites impenetrables, se trata de construir otro modo del conocimiento que implica otro modo de la política. La tarea de la política –teórica, de los cuerpos y sus intersecciones–, señala Victoria Dahbar, “no tiene como lema algo así como “acéptennos, queremos ser sujetos” sino más bien “sus criterios de lo que es un sujeto aceptable son destructivos, queremos ofrecer otros, ser otros” (2018: 183).

Pensar las masculinidades lésbicas puede ofrecer otra gramática de la posibilidad. ¿Cómo? se pregunta Halberstam, y dirá: recuperando los caminos que no han sido escogidos, “de modo que podamos cuestionar de nuevo luchas y debates que creíamos arreglados y resueltos” (Halberstam, 2018:23). Apostar por formas de saber que “no han sido solo perdidas u olvidadas; han sido descalificadas, consideradas absurdas, no conceptuales o ‘insuficientemente elaboradas’” (2018:22). Si la idea de anacronismo es una de las figuraciones más potentes a la hora de pensar en las posibilidades de un futuro no capitalista (Dahbar, 2018), la lesbiana masculina como identidad intrusa de

una época en otra tiene algo para decir de la masculinidad como desajuste temporal, que trae del pasado una narrativa disidente pero esta vez como narrativa de futuro.

Las visualidades constituyen parte importante de esas narrativas que enmarcan las formas de entender el mundo en determinado contexto socio-histórico y tienen la capacidad de activar emociones y afectos, constituyendo un recuadro con sus respectivas inclusiones y exclusiones. En este sentido, “el género ambiguo, aparezca donde aparezca, se transforma inevitablemente en desviación, en algo inferior, o en una versión borrosa del hombre o de la mujer” (Halberstam, 2008: 43). Las lesbianas masculinas nos convertimos en una pregunta organizada por la corrección y la hostilidad (Ahmed, 2018), es decir, somos seres cuestionables de manera compulsiva porque afectamos la comodidad perceptual del binarismo de género y la heteronormatividad.

Entonces ¿cómo pueden sopesar esta imagen⁴ los estudios de masculinidades, la teoría y el activismo feminista, donde la masculinidad lésbica no aparezca como una mala copia, una imitación hiperrealista, sino que pueda ser un singular y deseante modo de habitar el género *con luz propia*? Y más que preguntarse desde una economía de la mirada cisheteronormativa ¿cómo se logra una performance hiperrealista de la masculinidad? donde la masculinidad sigue operando como copia, cuán interesante sería pensar en cómo la masculinidad de mis hermanos, varones cis, hetero y no hetero, blanca, de clase trabajadora, no metropolitana, se ve afectada por mi masculinidad lésbica.

Con luz propia es una frágil y molesta figuración en tiempos de eclipses⁵ y regentes retrógados, que persiste en la pregunta sobre qué narrativas se pueden articular sobre futuros posibles, pero también de pasados reconocibles para las masculinidades lésbicas que no sean los archivos de la ignominia.

⁴ La imagen corresponde a mis tres hermanos en orden etario, de izquierda a derecha, y a una foto de un dragageo mío, en el año 2010. El montaje que hice de manera lúdica y política se realizó como un *juego de masculinidades*.

⁵ En Argentina, el eclipse de sol fue el 2 de julio y el eclipse de luna, el 16 de julio del mismo año.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México.

Ahmed, Sara (2018) *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Bellaterra.

Canseco, Alberto (beto) (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Ediciones Asentamiento Fernseh.

Cvetkovich, Ann (2018) *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Bellaterra.

Dahbar, María Victoria (2018) Marcos temporales de la violencia. Hacia una configuración de lo humano-inhumano. Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales. Director: Dr. Eduardo Mattio. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

flores, val (2013) Topografías de disidencias: masculinidades lésbicas y deconstrucciones heteronormativas. En *interrucciones. Ensayos de poética activista. Escritura, política, pedagogía*. Neuquén: Editorial La Mondonga Dark.

flores, val (2017) Masculinidades lésbicas, pedagogías de feminización y pánico sexual: apuntes de una maestra prófuga”, en *Cuerpos minados. Masculinidades en Argentina (1970-2015)*, compiladores: José Javier Maristany y Jorge Luis Peralta. La Plata: EDULP.

flores, val (2019) *Vivir en diferido*. El fracaso lésbico del tiempo, En Escenas lesbianas. Laura Arnés y Facundo Saxe (coord.). Buenos Aires: La Cebra (en prensa).

Halberstam, Jack(2008) *Masculinidad femenina*. Madrid: Egales.

Halberstam, Jack (2018) *El arte queer del fracaso*. Traducción de Javier Sáez. Madrid: Editorial egales.

Lacombe, Andrea (2006) *Para hombre ya estoy yo. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*. Buenos Aires: Antropofagia.

Love, Heather (2015) Fracaso camp. En Cecilia Macón y Mariela Solana (eds.) *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Título.

Rubin, Gayle (2018) De catamitas y reyes: reflexiones sobre butch; género y frontera. En *En el crepúsculo del brillo. La teoría como justicia erótica*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones.